

La Escuela que soñó Unamuno

Pablo Morales Martínez

Estudiante de Doctorado, Universidad de Málaga

«¡Ojalá viniereis todos henchidos de frescura [...] trayendo a estos claustros no ansia de notas, sino sed de verdad y anhelo de saber para la vida!» [1]

Miguel de Unamuno

HOY DÍA SE RECONOCE A LA TUNECINA Fatima al-Fihri como fundadora, hace más de once siglos, de la mezquita de alQarawiyyin en Fez (Marruecos), considerada por la UNESCO como la Universidad más antigua del mundo o, al menos, como la institución de enseñanza superior de mayor longevidad y continuidad históricamente, vigente aún en nuestros días. Aunque sus muros albergaron durante la mayor parte de su historia un centro para la difusión del islam, gozó de gran fortaleza en la instrucción de conocimientos legales y lingüística árabe clásica.

Europa habría de aguardar casi dos siglos para asistir a la fundación de la Universidad de Bolonia en el Viejo Continente, la cual se constituyó originalmente como una escuela de Derecho en 1088. Por su parte, los albores de nuestra actual España no abrazarían su primera *alma mater* hasta 1218, cuando Alfonso IX de León designó el nacimiento de las *scholas Salamanticae*, que supondría el retrato primigenio de la Universidad que enorgullece a la monumental capital del Tormes.

Bien es cierto que las instituciones de enseñanza, con diversas expresiones, son entidades que ya aparecieron con anterioridad a lo que hoy definimos como Universidad. ¿Qué elementos caracterizan, pues, a esta última y la diferencian del resto? Atendiendo a la naturaleza íntima de su misma palabra, la forma «Universidad» es un préstamo de la voz latina *universitas*, que se deriva a su vez de *universum*, y que se origina a partir del dualismo entre *unus* (uno) y *versus* (girar o convertir), lo que podría entenderse como «convertido en uno» o «uno y todo lo que gira a su alrededor». Inicialmente, el término *universitas* servía para aludir al conjunto de individuos que se asociaban en grupos, comunidades o gremios, especialmente durante la Edad Media. Sin embargo, no sería hasta el Renacimiento cuando adquiriría el significado que actualmente le concedemos. La observación cuidadosa de estos argumentos ya percibe, *a priori*, el indisoluble lazo entre la Universidad y la universalidad.

Según datos de *The World Bank Group*, entidad colaboradora con el Instituto de Estadística de la UNESCO, existen algo más de 200 millones de estudiantes cursando actualmente algún tipo de formación universitaria en todo el mundo, lo que supone un incremento de más de 45 millones de alumnos respecto del año 2010 [2]. En España, se contabilizaron cerca de 2,6 millones de matriculados en titulaciones de Grado, Máster, o Doctorado, casi 800 000 alumnos más que en 2010 [2,3].

El apreciable incremento de esta última década probablemente pudiera reflejar una expansión global del ámbito universitario, en tanto que la educación superior se normaliza, se incrementan sus recursos y se democratiza su acceso, pugnando por rebajar diferencias y dificultades socioeconómicas. No obstante, un mero ascenso cuantitativo no siempre es indicador de la calidad de la enseñanza.

Entendida no solo como un proceso instructivo de la intelectualidad y del conocimiento, sino como una construcción integral del individuo, la formación universitaria ha de hacer hoy frente a la imperante «titulitis», o la avidez desahogada por decorar currículums con diplomas, graduados o titulaciones en lugar de alimentar la propia razón y el propio espíritu de aquellos saberes que dotan al individuo de autonomía y criterio propio. Pareciera que la Universidad, en ocasiones, hubiera desenfocado su propia razón de ser y se hubiera convertido, para muchos, en un lugar de intercambio, sí, pero meramente contractual, en el que a cambio del empeño de un determinado número de horas de dedicación se obtiene acceso a un certificado con el que tratar de lanzarse al mundo en busca de un futuro algo menos precario.

Así, el afán de objetivación se expande e inunda una relevante porción de la vida académica. Los alumnos se identifican con calificaciones, meros guarismos, producto de mayor o menor acierto en convocatorias de exámenes o labores de evaluación continua; la labor docente de los profesores se cuantifica basándose en tasas de éxito, de abandono o encuestas de satisfacción, y la producción científica de los investigadores se barema con índices de impacto y otros criterios de rendimiento. El establecimiento de estos estándares probablemente sea hoy necesario a falta de un modelo mejor, pero plantea ciertas dudas acerca del balance *qualitas/quantitas*: ¿en qué medida la obsesión por satisfacer requisitos puede desproveernos del verdadero núcleo de nuestra actividad académica y profesional?

133

En palabras del filósofo italiano Nuccio Ordine, «a la enseñanza pública le incumbe la delicada tarea de apartar al hombre de las miserias del utilitarismo y educarlo en el amor por el desinterés y por lo bello» [4]. En esta línea, probablemente a la Universidad y a todos los ciudadanos que la integramos y construimos se nos haya encomendado la misión de armonizar lo productivo, lo útil y cuantificable, con el mero afán y placer de conocer, de aprehender, de abrazar intelectualmente el Universo que nos acoge.

La comunidad universitaria, de la que formamos parte, ha de rescatar esa inspiración y esa pasión primigenia, germinal, de su esencia, especialmente el colectivo de estudiantes al que tengo el privilegio de

poner voz en estas líneas. El afán, por tanto, de saber, motivado por una curiosidad insaciable y la búsqueda de certezas que, en última instancia, puedan mejorar de un modo u otro la dignidad y calidad de vida de nuestros semejantes no puede dejar de ser el motor principal de nuestra formación. Y la pasión, la voluntad de comprender el universo, su combustible. Muchos han citado a Goethe rescatando aquellas palabras suyas:

«No se conoce sino lo que se ama, y cuanto más profundo y cabal quiera ser el conocimiento, más fuerte, vigoroso y vivo debe ser el amor, incluso la pasión» [4]

No obstante, y en tanto que la Universidad es un organismo complejo, plural y diverso, ha de ser el buen y coordinado funcionamiento de sus colectivos el que permita alcanzar tales compromisos para con la sociedad. Así, por ejemplo, nuestro desempeño como estudiantes universitarios y ciudadanos adultos descansa en la asunción de la responsabilidad inherente a ampliar el horizonte presente en pos de comenzar a edificar hoy el futuro inminente. A comprender que, cada uno desde su propio devenir profesional y personal puede contribuir de un modo u otro al enriquecimiento de la sociedad. Sin embargo, en esa labor apasionante también ha de desempeñar una labor esencial el profesorado, que constituye el principal brazo ejecutor de esa transmisión tanto de conocimiento como, en muchos casos, de inspiración, admiración y vocación.

Como actores principales y rostro visible de la custodia y expansión del conocimiento académico, su trabajo, dedicación y entusiasmo pueden constituir un buen termómetro del estado de salud de la Institución. Probablemente, muchos de quienes estén leyendo estos párrafos coincidirán conmigo en la fortuna intelectual y personal que supone cruzarse en el camino con profesores brillantes tanto en su labor docente como investigadora que, desde un carisma propio, han sido y son capaces de imprimir a sus lecciones y enseñanzas la motivación y la pasión necesarias para asir con profundidad los conocimientos de los que son emisarios. Y es que sigue haciendo falta gigantes a hombros de los que auparse para otear el horizonte por explorar.

134

Con todo, la Universidad ha de ser punto de encuentro, de confluencia, de diálogo e intercambio. Reservas para la libre transferencia de saberes, culturas, ideas y, naturalmente, de razón y emoción. Los claustros, las comunidades académicas de estudiantes, profesores, personal administrativo... habrían de conformar una unidad orgánica enriquecida por la pluralidad intelectual, renunciando a ser una institución ensimismada, orientada hacia su propio centro, y admirando con audacia y amplitud el mundo del que forma parte, protegiendo la tolerancia y el respeto, amparados por el manto de la libertad.

Paseando de nuevo por Salamanca, que como decíamos al inicio fue la primera ciudad española que alumbró una institución universitaria como la entendemos ahora, aún hoy nos encontraremos en cada rincón con el legado de uno de sus insignes ciudadanos. Miguel de Unamuno y Jugo (1864-1936), ensayista, novelista, filósofo, poeta y catedrático de

«La comunidad universitaria ha de rescatar esa inspiración y esa pasión primigenia, germinal, de su esencia, especialmente el colectivo de estudiantes. El afán, por tanto, de saber, motivado por una curiosidad insaciable y la búsqueda de certezas que, en última instancia, puedan mejorar de un modo u otro la dignidad y calidad de vida de nuestros semejantes no puede dejar de ser el motor principal de nuestra formación.»

griego oriundo de Bilbao fue, sin género de duda, una de las personalidades más ilustres de la universidad salmantina, ejerciendo el papel de rector en dos etapas (1901-1914 y 1931-1936).

Sobre Unamuno se ha escrito, ensalzando, criticado y divagado mucho. No obstante, si hubiéramos de atenernos a su faceta meramente académica, probablemente podríamos confluir en que Don Miguel, como lo llaman quienes le admiraron y aún hoy lo hacen, deslumbró por su defensa a ultranza de la libertad de pensamiento y expresión, reivindicando el espíritu crítico e individual como prisma desde el que escrutar el devenir de nuestra historia y de nuestro tiempo. Precisamente, en ese ideal inmutable descansa la esencia íntima de la Universidad.

Unamuno, en la apertura del curso académico 1900-1901, pronunció uno de sus discursos más recordados y del que precisamente se extrae la cita que abre esta breve reflexión. En él, exhortaba a los jóvenes universitarios salmantinos a que examinaran y cuestionaran con amplitud de miras «sin interposición de librescos prejuicios» la realidad que ante sus ojos se abría:

«Y aprended a la vez a cuestionarlo todo, a poner en tela de juicio hasta lo que más asentado y axiomático os parezca, a no aceptar postulado alguno si es que queréis gozar viva visión de lo real. Y no excluyáis nada. Tened el espíritu abierto» [1].

Que sean sus palabras las que animen a todos mis compañeros, maestros y, en suma, a toda la comunidad universitaria, a seguir trabajando por hacer de nuestra Universidad, la Universidad de Málaga, un santuario de aquellos valores que permiten el avance incesante de nuestras culturas y sociedades. Que, como clamó Benedetti, crezcamos en la osadía. Que, como defendió Poincaré, estudiemos la naturaleza (¡y el cosmos!) al encontrar placer en su belleza. Y que, como manifestó Picasso en el que hoy es el símbolo de nuestra Universidad, podamos lograrlo en un ambiente de concordia, amistad y paz. —

Los Justos – Jorge Luis Borges

136

*Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.
El ceramista que premedita un color y una forma.
Un tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.
El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.*

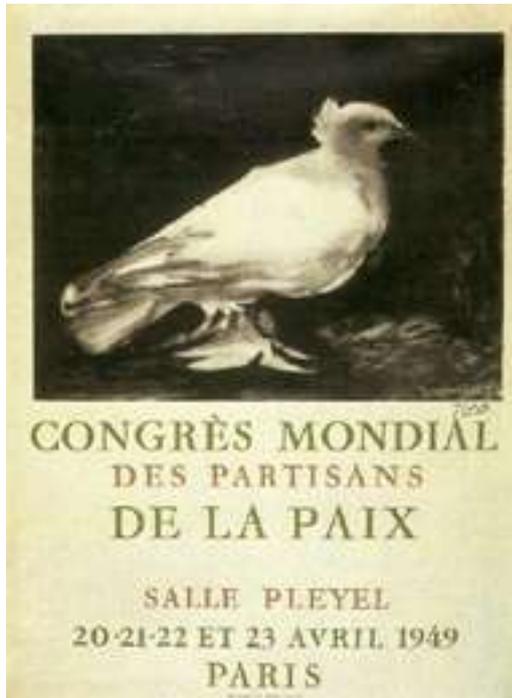


Figura 1. La Paloma (1949). Litografía de Pablo Picasso para el I Congreso Mundial de Partidarios de la Paz celebrado en París entre el 20 y el 23 de abril de 1949. *Copyright:* Sucesión Picasso, VEGAP, Madrid 2020.

Fuentes

[1] De Unamuno M. *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1900 a 1901 en la Universidad de Salamanca*, O.C., tomo IX, p.60-67. Salamanca, España, 1900.

[2] The World Bank Group. Data Bank: Education Statistics <https://databank.worldbank.org/source/education-statistics-%5e-all-indicators> (revisado a 16 de enero de 2022)

[3] Ministerio de Universidades. *Datos y cifras del Sistema Universitario Español. Publicación 2020-2021*, p.8. Madrid, España, 2021.

[4] Ordine N. *La Utilidad de lo Inútil*, p. 84. Editorial Acantilado. Vigésimo tercera edición. Barcelona, España, 2021.